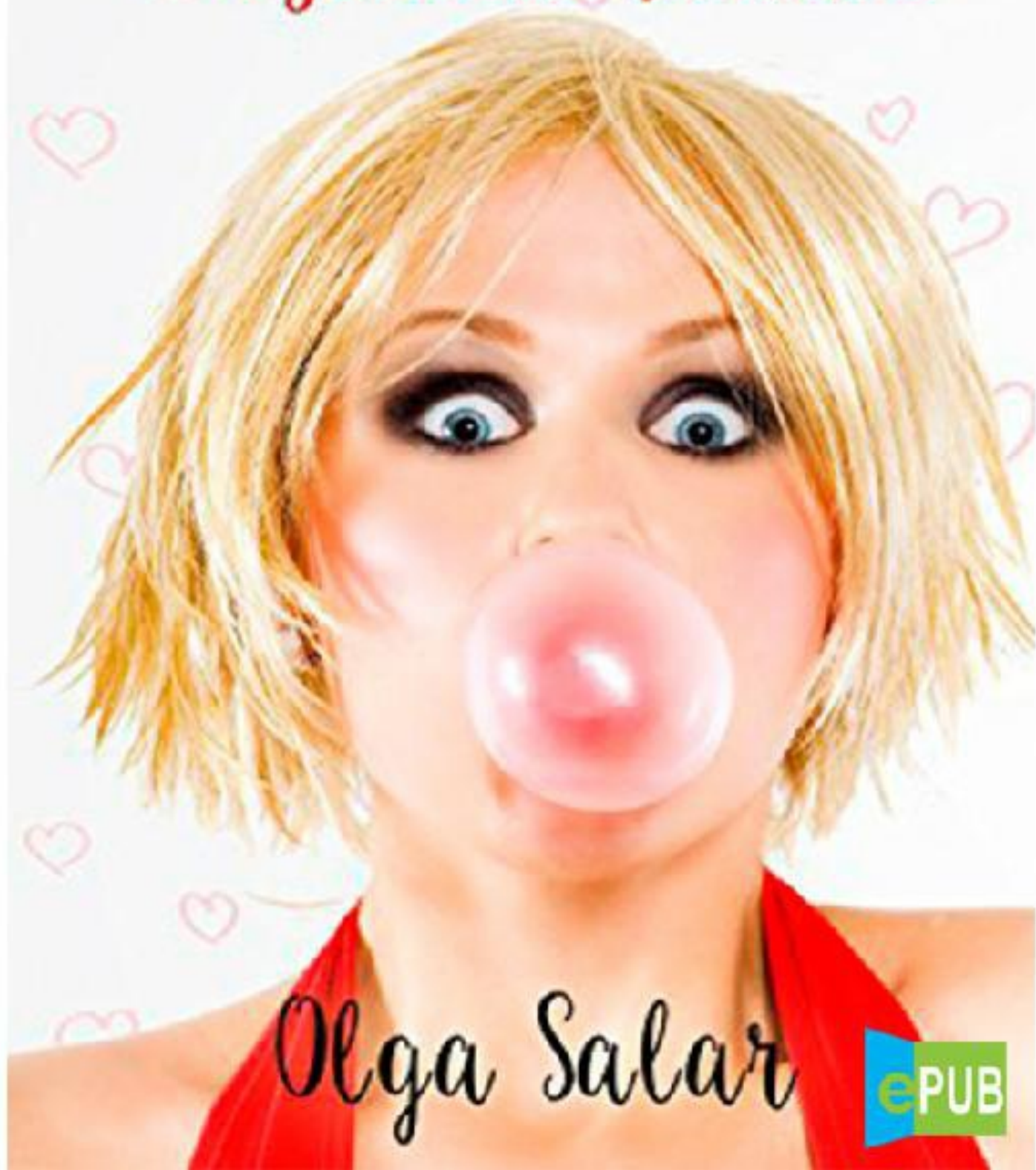


Martina

agitada, no revuelta



Olga Salar



¿Os ha pasado alguna vez que al despertar una mañana habéis descubierto que vuestra vida está patas arriba? ¿Sí? Pues eso mismo me acaba de suceder a mí, Martina Vega, treintañera, soltera, en busca del trabajo de mis sueños y del hombre capaz de soportarme. Y os aseguro que no es tarea fácil.

Por eso, he creado el blog más Divinity de la muerte. En él cuento aquello que me sucede, que me preocupa o que simplemente se me pasa por la mente en ese momento. Para conocerme mejor, visitad Martina, agitada, no revuelta y dejadme algún comentario. El karma os lo agradecerá.



Olga Salar

Martina agitada, no revuelta

Saga: Martina sin alcohol - 1

ePub r1.0

Titivillus 16.08.16

Título original: *Martina agitada, no revuelta*
Olga Salar, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en **ePubGratis**

Nota de la autora

¿Quién es Martina Vega?

Permitidme que empiece esta historia robándole el protagonismo a Martina y que sea yo ahora la que habla. A las que me conocéis, hola de nuevo; a las que no, soy Olga Salar y tengo unas cuantas novelas románticas por las librerías.

Como he dicho, me gustaría presentaros a Martina Vega y contaros cómo este personaje me volvió loca. El nombre que escogí para ella nombre viene del mítico personaje británico James Bond y su preferencia por el “Martini agitado, no revuelto”. ¿Qué queréis que os diga? *Friki* que es una...

La vida real de Martina, como sus andanzas, ha sido entretenida y variada. La idea inicial surgió cuando me propusieron la colaboración en un diario canario hace más o menos dieciocho meses. Durante varios números, Martina tuvo su espacio allí y después pasó a la revista *Aon?* En ella publicamos unos doce textos, lo que viene a ser un año completo, con las aventuras y desventuras de nuestra atípica protagonista.

Simultáneamente tenía su espacio en mi blog y en mi cabeza, porque cada mes me encontraba con la página en blanco y la necesidad de contaros lo que le había pasado en ese tiempo. Aprovecho para agradecer la fidelidad a las lectoras que habéis seguido sus locuras en mi blog. Desde aquí un abrazo enorme a Beka October por ser lectora habitual de la sección.

La colaboración con la revista ha terminado y he considerado que, tras estos años, Martina se había ganado su final feliz, de ahí esta historia o compendio de ellas que hoy tenéis en vuestras manos. Además de los capítulos publicados en prensa disponéis de otros inéditos que cierran el ciclo Martina.

Para terminar, quiero agradecer a todos los que han hecho posible que Martina esté aquí hoy. Gracias a Lorraine Cocó por su inestimable ayuda y su disposición a facilitarme la vida. Mil gracias, eres estupenda. Gracias también a Mariché por ayudarme con las correcciones. Gracias a Anabel Botella, A Shia Wechsler y a Beka October por prestarme sus palabras, y, por supuesto, gracias a todos los que libro tras libro volvéis a confiar en mí.

1. Estoy Divinity de la muerte

Mi jefa es una bruja. Literalmente. Estoy segura de que por las noches enciende el caldero y llena de agujas a muñecas con mi cara.

Es la única explicación que le encuentro al hecho de que esté al tanto de mi meditado plan para que me contraten como presentadora, bloguera o chica de los recados en Divinity. El puesto me da igual, lo que quiero es trabajar en un sitio así de glamuroso. Y para ello he comenzado escribir un diario blog en el que hablo de lo que me preocupa y me afecta como treintañera sofisticada y bien formada.

Mis aspiraciones laborales seguirían siendo secretas de no ser porque la Malvada Bruja del Oeste que tengo como jefa, qué pena no ser Dorothy, acaba de llamarme a su despacho para “ofrecerme” publicar dichas experiencias en ese periódico local y cutre en el que ahogan mi creatividad.

—Martina Vega —musita, como si yo no supiera mi nombre—, eres toda una caja de sorpresas.

Sí señor, esa soy yo.

—¿Por qué lo dices, Rebeca?

“¡Mierda! Esto es malo”, pienso cuando la veo retorcerse las manos.

—Estaba navegando por la web. —Lástima que no fuera por el Triángulo de las Bermudas—, y he dado con tu blog.

Nota mental: bloquear a Rebeca para que no pueda leer lo mucho que la aprecio.

—¿Y?

—Quiero que uses ese ingenio que no sabía que tenías para escribir una columna en nuestro periódico.

Abro la boca. La vuelvo a cerrar. Está de coña, ¿no? ¿De verdad cree que

voy a desperdiciar mi talento aquí? Mi blog tiene el objetivo de captar la atención de los directores de Divinity, no de la Malvada Bruja del Oeste.

Pongo cara de pena y me preparo para soltar la mentira más ingeniosa que jamás se me ha ocurrido.

—Verás, Rebeca. No va a poder ser. ¿Te acuerdas de mi amiga Julia?

Ella asiente.

—¿La gordita?

La fulmino con la mirada. Bueno, lo hago mentalmente.

—No está gordita. Es que tú estás muy delgada.

Hace un gesto con la mano, como descartando lo que acabo de decir e instándome a que vaya al grano.

—Pues Julia, que no está gordita —insisto—, es la que me cuenta sus historias, que luego yo plasmo en ese blog. Y no puedo traicionar su confianza porque está muy enferma.

La veo abrir los ojos sorprendida.

—Sí, está muy delicada del corazón y cualquier disgusto la mataría. Por eso estoy haciendo todo eso del blog, porque el sueño de mi mejor amiga es que los de Divinity la contraten y pasar sus últimos días rodeada de glamour.

—Pero el blog lo firmas tú.

—Soy su seudónimo. Martina Vega es mucho más *fashion* que Julia Martínez.

Está cabreada, puedo verlo, pero parece que se lo ha tragado porque ni me ha gritado ni me ha echado a patadas.

—¡Está bien! Ve a hacer algo útil por este periódico —me dice con fingida indiferencia.

Ojalá pudiera despedirla a ella, seguro que eso sería lo más útil. No obstante, como no puedo hacerlo, le ofrezco mi sonrisa más radiante y salgo a toda prisa de su despacho.

Una vez en mi mesa saco el móvil del bolso y llamo a Julia, que me responde antes del tercer tono.

—¡Sorpréndeme!

—¿Que te sorprenda? —pregunto confusa.

—Siempre que me llamas antes del segundo café es para anunciarme uno de tus líos. ¡Cuéntame el de hoy!

¡Qué lista es la condenada!

—Sí, bueno...

—¿Tan malo es?

—Peor. Al parecer tienes un problema grave de corazón y te estás muriendo.

—¡La madre que...! —No puede seguir porque se está riendo como una loca.

Suelto un suspiro que por poco me desabrocha el sujetador.

—Menos mal, creía que te ibas a enfadar.

—Para nada. Estoy terminal, ¿recuerdas? Enfadarme es malo para mi salud. Y total, para lo que me queda... Acuérdate de esto la próxima vez que te pida un favor —me dice con un tonito que me hace pensar en lo peor.

—¡Ups!

2. Martina, agitada, no revuelta

¿Os ha pasado alguna vez que al despertar una mañana habéis descubierto que vuestra vida está patas arriba? Seguramente os habréis acostado pensando que todo estaba en su sitio, e incluso es probable que fuera el caso, pero entonces el subconsciente en forma de sueño os traiciona y os descoloca por completo. ¿Sí? ¿Os ha pasado? Pues eso mismo me acaba de suceder a mí, Martina Vega, treintañera, soltera y en busca del hombre capaz de soportarme. Y os aseguro que no es tarea fácil (preguntádselo a mi jefa y veréis).

Y todo porque mi mente ha decidido soñar con alguien a quien pensaba que ya tenía olvidado. Mi amor platónico, un hombre al que no veo desde hace unos cinco años, los mismos que hace que dejé de tener contacto con los amigos de la facultad. Lo más gracioso de esta situación es que nunca, jamás, me acuerdo de lo que sueño: en el mismo instante en que abro los ojos borro cualquier resquicio onírico que pueda albergar mi cabeza. Y, mira tú por dónde, mi mente se atrofia justo en estos momentos para dejarme un recuerdo que no es precisamente mi favorito. Ni siquiera estaría en la lista de los diez mejores momentos de mi vida; y lo que es peor, hace que me replantee cómo ha continuado esta.

Después de meditar unos minutos me doy cuenta de que hasta que no consuma el primer café del día no voy a dar con la solución, así que me levanto y me arrastro hasta la cocina en busca de mi maná diario. El único que

1º) Nunca me falla.

2º) Me endulza la vida (gracias al extra de azúcar).

3º) Es capaz de seguir mi ritmo: tres seguidos sin descansos

interminables.

Cuando la cafeína hace su efecto, se me ocurre una idea que puede funcionar. Corro, literalmente, hasta mi despacho y enciendo el ordenador mientras rezo para que mi amigo haya sucumbido a la llamada de las redes sociales.

Pruebo primero con Twitter, pero no hay rastro de él. Sigo con Facebook, y es ahí donde me aparece una pestañita con su nombre. Tardo cero coma un segundo en ir hasta su perfil para descubrir que

1º) Está estupendo.

2º) Sigue viviendo en la ciudad.

3º) Está soltero. Ni “comprometido” ni “es complicado”. Soltero a secas.

De momento promete, y mucho. Ahora toca enviarle una solicitud de amistad, pero antes cambio mi foto de perfil y pongo una mía más... Digamos, interesante.

Mientras espero a que me acepte me dedico a ponerme al tanto de su vida; es decir, cotilleo su muro y sus fotografías.

Dos horas después sigo esperando la confirmación de nuestra amistad. Como es sábado me hago la *manipedi* y me pongo mascarillas en el pelo y en la cara. Intento no estar pendiente del Facebook, pero mi móvil no me lo pone fácil. Me avisa de cada una de las notificaciones. Saltó del sofá hasta el ordenador cuando veo que ya somos amigos.

Un instante después me llega un mensaje privado:

Martina, cuánto tiempo. Tenemos que tomarnos unas cervecitas y ponernos al día.

¿Qué tal mañana?

“No es que esté ansiosa, es solo que me alegra reencontrarme con él”.

Dame tu móvil y te llamo.

Mejor te llamo yo, que en casa no hay mucha cobertura.

“¿Y si no me llama después? Mejor voy a lo seguro”.

666999888.

Perfecto, mañana te llamo y nos tomamos algo.

“Seguro, vamos”.

Genial. Un abrazo.

“Wow, ¡ya quiere achucharme!”

Un besazo.

“Húmedo, caliente y muy, muy largo”.

Y cuando parece que todo se ha solucionado, vuelve a mí la sensación de que mi mundo está patas arriba. ¡Por favor! ¿Qué voy a ponerme mañana?

3. Al pito, pito, gorgorito

Llega un momento en la vida de toda mujer que pasa de los treinta, en el que hay que tomar una importante decisión. Importante y trascendental, y no me refiero a escoger entre el rosa palo o el rosa pastel para el color del *gloss*, que, aunque también es primordial, no es el tema al que me refiero en esta ocasión.

Lo que tengo que decidir, puesto que el método tradicional me ha fallado estrepitosamente, es en qué web debo inscribirme para conocer gente. En la Divinity no encuentro nada, y aquí sigo con mi gran dilema. Cuanto mayor es la oferta más complicada es la elección, y si hay algo que se me dé mal es tomar decisiones; al menos, decisiones que me favorezcan. Con las otras soy un hacha. Donde pongo el ojo surge el problema.

Mi última experiencia en ese campo fue cuando redescubrí a Víctor a través del Facebook y decidí salir con él a tomarnos unas cervecitas. Me pasé todo el día creyendo que por fin la suerte me sonreía. Sin embargo, veinticuatro horas después comprobé que lo único que hace mi buena fortuna es tentarme, poniéndome en los labios atractivos y musculosos caramelos para descubrir que, en cuanto los pruebo, o están rancios o el sabor que ofrecen no tiene nada que ver conmigo.

Así que, aquí estoy de nuevo, segura de que el príncipe azul existe y que solo me falta dar con él. Y, teniendo en cuenta cómo está el mundo últimamente, estoy convencida de que el lugar idóneo para buscarlo es en la cola del paro.

Pero antes de llegar a métodos tan radicales voy a probar en las webs para encontrar pareja. Si nos dejamos guiar por los anuncios de la televisión, todo es facilísimo, y los usuarios no solo son atractivos sino que tienen trabajos

interesantes, además de unas vidas tan ocupadas que tienen que recurrir al *ligoteo* virtual para encontrar a la pareja perfecta, que además viene garantizada por la ciencia ya que seleccionan a los candidatos más adecuados gracias a una serie de cálculos matemáticos de compatibilidad. Visto así la cosa promete, y a estas alturas de mi vida las promesas me resultan de lo más atractivas y tentadoras.

Una vez que decido dónde inscribirme comienza la parte complicada. ¿Qué foto pongo de perfil? ¿Me decido por la más realista o me quedo con la foto por excelencia? Esa que corona mis currículos, mi perfil en las redes sociales, en el WhatsApp... Y no creáis que la cosa termina aquí: ¿aficiones? ¿Se considera ir de compras una afición? ¿Debería poner que monto a caballo y que juego al pádel? No porque sea cierto, que no lo es, sino porque queda de lo más *chic*.

¡Pero bueno! Esto parece un examen. ¿Que qué cualidades busco en una pareja? Pues lo que buscamos todos: que sea atractivo, inteligente, bueno en la cama (esa parte es imprescindible)... ¿Para qué mentir? Y ya puestos, ¿rico? ¿Influyente? ¿Que trabaje en la Divinity?

En resumidas cuentas, todo se reduce a lo mismo: ¿cuánta verdad me puedo permitir para seguir siendo interesante al sexo opuesto y que mi perfil arrase?

Qué complicada es la vida de una soltera. “¡Venga, Martina!”, me animo. Sobre todo sinceridad. Al menos hasta dónde se pueda. Una cosa es ser sincera y otra tonta de remate.

Tras una lucha denodada con mi conciencia me quedo con la fotografía milagrosa, con el pádel, la inteligencia y la pericia sexual. Añado que soy una de las pocas afortunadas con trabajo fijo a prueba de recortes, porque soy autónoma, y envío mi perfil a la web seleccionada.

Y es que ya lo decía uno de los filósofos que me martirizó en mis años de instituto, “En el justo medio está la virtud”. O lo que viene a ser lo mismo: “Miente, pero sin que se note”. Por si acaso, cruzo los dedos.

4. Método infalible

Método infalible, ¡ja! Y luego ¡ja! Y después más ¡ja!

Mirad cómo me río de su método infalible.

¿Queréis un consejo completamente gratuito? Y os aconsejo que lo aceptéis, porque en esta vida pocas cosas son gratuitas.

¿Preparados? Ahí va: ¡no os fieis de la publicidad! Raras veces cumple lo que ofrece. Aunque claro, si preferís aprenderlo por vosotros mismos...

Lo que sí puedo hacer es contaros mi experiencia con las páginas de citas, que aunque no se puede generalizar, saber de qué va la cosa es una ventaja con la que contáis.

Pero voy al meollo, que me desvío de lo que importa.

El caso es que me inscribí en la web, como recordaréis, y a las pocas horas comenzaron a llegarme mensajes privados de hombres que, tras haber visto mi perfil, querían quedar conmigo. Según la política de la web, los hombres que tenían disponible mi perfil eran aquellos que, las fórmulas matemáticas con las que trabajaban, consideraron que eran o podían ser mi pareja ideal.

Ante semejante respaldo, acepté cenar con dos de ellos. No a la vez, por supuesto. Primero quedé con Manuel y al día siguiente con Jacobo.

Con Manuel aprendí que las personas no son lo que parecen. La fotografía que se había puesto de imagen de perfil en la web era seguramente la que le hicieron durante la primera comunión, y no lo digo por el traje de marinerito. El tipo que tenía delante pasaba de los cincuenta, eso o era cierto al cien por cien aquello de que tomar el sol envejece y, no tenía ninguna duda de que Manuel era un adicto a la vitamina D.

¿Cómo podía una persona mentir tanto en un perfil? La pregunta logró

que me replanteara reescribir mi currículum, pero eso es otra historia que ahora no viene al caso.

Jacobo era tal y como prometía su foto. ¿La pega? No hablaba, solo cabeceaba. Lo que para una mujer a la que le gusta hablar tanto como a mí debería haber sido una bendición. Lamento decir que no fue el caso. A la hora de estar hablando conmigo misma comencé a aburrirme soberanamente. Y no porque mi conversación no sea interesante, ¡ojo! Sino porque yo ya me sabía de carrerilla todas las historias que contaba.

Animándome a mí misma, le di otra oportunidad a la web y esa semana salí con dos tipos nuevos. Huelga decir que la experiencia fue tan traumática como las dos anteriores. ¿Es que nadie dice la verdad en las webs de citas?

Harta de la tomadura de pelo, me puse en contacto con los encargados de la web para quejarme. Al principio fueron muy amables, alegando que revisarían mi caso y que harían una selección para mí, pero cuando les dije que no me parecía justo que me cobraran el cargo completo porque no había obtenido los resultados esperados, la misma chica encantadora que me estaba atendiendo se transformó en una fiera salvaje.

—¿Vas a comisión o algo así? —le pregunté de buenas maneras y a partir de ahí se desató el apocalipsis.

Tras varios gritos en los que no comprendí lo que me decía, acabé por entender que me estaba echando la culpa a mí por no conseguir un chico en su web. ¿Será posible? ¿Cómo podía culparme a mí de seguir soltera? Eso era lo más cruel y grosero que me hubiera dicho nadie antes.

Ofendida como me sentía, le dije lo que pensaba de ella en su cara, o más bien telefónicamente, y le colgué.

Tardé una hora completa en rellenar el formulario de reclamaciones y dos minutos en darme de baja del servicio. Al final, después de tanto lío regresaba al método tradicional de buscar pareja en la calle. Una cosa que estaba dispuesta a tolerar era que se equivocaran con los hombres que me enviaban, pero que me echaran a mí la culpa por no dar con mi pareja ideal... No. Eso sí que no. ¿Quiénes se habían creído que eran, mi madre?

5. ¡Quiero ese pelo!

“Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho nueve y diez. Yo me calmaré, yo me calmaré. Puedo hacerlo. Me calmaré”.

“¡Vamos!”, me animo. Que se note el dineral que te has gastado en el taller de relajación de Víctor, a quien, por cierto, he acabado eliminando del Facebook. Algún día os contaré el porqué. ¿Os lo había dicho ya, verdad?

Abro y cierro los ojos varias veces, pero lamentablemente la imagen que tengo delante no cambia. Sigo igual.

La peluquera me mira a través del espejo, esperando que diga algo. Ante mi mutismo se decide a hablar.

—Ya tienes el corte que querías.

—¡Humm!

—Es lo que me has pedido —dice a la defensiva—. Un corte *pixie*.

—En realidad te he pedido el pelo de Charlize Theron —respondo con lentitud, paladeando cada palabra.

—¡Oh! ¿Quieres que te haga también unas mechas rubias? ¿O te tiño por completo?

“¿Perdón, señorita?, ¿me está usted tomando el pelo? Nunca mejor dicho”.

—No exactamente. Lo que quiero es que me quede como a ella. —“¡Que se lo tenga que explicar con lo evidente que es!”.

—Bueno bonita, eso va a ser un poco difícil. Su rostro es casi perfecto...

“¡¿Me acaba de decir lo que creo?!”

Estoy segura de que mi cara le impresiona, porque no tarda más que un segundo en adornar la frase:

—Mujer, ahora tienes que acostumbrarte al pelo corto. Es normal que te

veas rara, con la melena tan larga que llevabas. Pero yo te encuentro mucho más joven.

—¿Tú crees? —inquiero arqueando una ceja.

—Con este corte nadie te echará más de treinta y cinco, confía en mí.

“Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho nueve y diez. Yo me calmaré. Puedo hacerlo, tengo que hacerlo... ¡Es que tengo treinta y dos! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho nueve y diez...”

—Claro, teniendo en cuenta que tengo tres años menos.

La veo palidecer para un instante para después convertirse en el arco iris. Su piel adquiere diferentes tonalidades: rojo, azul, verde...

—Déjame esto a mí —dice con determinación.

Se da la vuelta y se mete en el cuartito donde preparan los tintes. Fuerzo el oído para ver si escuchó algún sonido, como el de los golpes de su cabeza contra la pared que debe estar dándose por bocazas o los sollozos provocados por las lágrimas de culpa que está derramando. Sin embargo, solo escucho el programa Sálvame que tienen puesto en la televisión y el secador de la señora de al lado.

Cinco minutos después sale con un pincel en la mano y un cuenco.

—Vamos a ver cómo te queda con las mechas. Hasta que no veamos el conjunto no podemos aventurar el resultado.

“A ver, señorita, que no estamos hablando de elecciones. Que lo que quiero es que me haga el pelo de la Charlize Theron. Quiero ese pelo. Punto”.

—Adelante —animo con dignidad.

Una dignidad que me arranca en cuanto me pone un gorro de plástico en la cabeza y comienza a sacarme mechones mientras me arranca más pelos de los que sabía que tuviera.

Pasa casi una hora en la que rezo todo lo que me sé. Que no es mucho, porque parece que mi cabeza no es capaz de almacenar tanta información y va borrando a su antojo.

Finalmente me lavan el pelo, y durante unos minutos me relajo y me olvido del desastre que llevo sobre mis hombros.

Vuelvo a sentarme frente al espejo con la toalla envuelta a lo Aladín, solo que a mí me queda mejor. Para qué negarlo.

Estoy a punto de sufrir un colapso cuando el turbante desaparece de mi

cabeza y...

—¡Dios! ¡Madre míaaaaaaaaa...!

—¿Qué tal? —me pregunta con cierto temor.

Hasta miedo me da hablarle porque parece acongojadita.

—Me encantaaaaaaaaaaaaa. Desde este instante no voy a permitir que nadie más que tú me toque el pelo —le digo con una sonrisa sincera.

Ella parpadea sorprendida para acto seguido sonreír, encantada de tener a una clienta como yo.

Y es que, después de todo, la pobre se lo merece. Charlize Theron a mi lado palidece.

6. El verano que viví peligrosamente

Todavía no he abierto los ojos y ya sé de antemano que hoy va a ser un día de mierda.

Y no, no soy vidente. Soy reincidente.

Y es que cada año sucede lo mismo: Me paso todo el invierno comiendo lo que me da la gana y cuando llega el primer día de verano, hoy para ser exactos, me da la neura y me veo lorzas, flaccidez y piel de naranja por todas partes. Y lo peor de este asunto es que he pagado religiosamente la mensualidad del gimnasio que no he vuelto a pisar desde el día en que fui a apuntarme.

Y sé que la culpa es mía, porque mientras la gente normal está metida en plena operación bikini yo ando degustando las paellas y los cocidos de mi madre, y ni de lejos me acuerdo de que en unos meses hay que salir a la calle ligerita de ropa. Lo que para algunos y algunas viene siendo su día a día sea la época del año que sea.

—Martina, arriba, que hace un día maravilloso —me animo, fingiendo que no es el peor día del año para mí—. El sol brilla y los pajaritos cantan.

Sin embargo, no logro engañarme del todo y me cuesta media hora más salir de la cama.

Cuando por fin estoy en pie, dispuesta a afrontar el día, me encuentro con un armario lleno de ropa y los eternos dilemas de mi vida: ¿qué me pongo? Al final me decanto por lo de siempre y decido ponerme a dieta.

Lo que me escuece mucho porque

1º) La horchata de verdad, la de Alboraya, solo se encuentras en las terracitas en esta época del año.

2º) Un verano sin helados es como una pizzería sin pizzas, como un cine

sin palomitas, como una hamburguesería sin patatas fritas... Vamos, un sinsentido.

3º) Que la que es impresionante lo es tanto con los kilos de menos como con los de más.

Conclusión: la sociedad apesta.

Después de estar dos horas frente al armario salgo a la calle con vaqueros y camiseta de manga corta. Si no fuera porque es ilegal y me he saltado la operación bikini, saldría en bragas y sujetador. Porque mira que hace calor este verano, y yo con pantalón largo.

Tras pasar un día de pena, sudando más que Camacho en un partido de la selección española, me doy cuenta de que en este mundo hay gente de todas las clases, formas y colores, y que la gracia de este mundo reside en la variedad. Y llego a esta conclusión porque soy muy lista, no porque mi amiga Julia, que está más gorda que yo, está monísima con el vestido que lleva mientras yo me aso a fuego lento en este infierno de asfalto.

Así que, como ya hay muchas mujeres delgadas y perfectas (si no me creéis mirad las revistas de moda, que eso de que hay mucho Photoshop encubierto es cosa de envidias) no está tan mal que me permita ser yo misma. Porque, como acabo de decidir, tiene que haber de todo en la viña del señor. Y yo no soy perfecta, pero ando cerca. Seamos claros.

Así que, este año decido que voy a pasar de dietas y voy a disfrutar de la horchata de chufa y de los helados de chocolate. A fin de cuentas, soy Martina Vega, y voy a vivir peligrosamente este verano. Porque yo lo valgo.

7. Preparados, listas ¡ya!

Tengo que confesaros algo importante: soy adicta a las listas.

Empecé en este mundo hace algunos años, cuando descubrí lo que podía hacer por mí la lista de la compra, y ahora soy incapaz de no hacer listas para todo.

Al principio me aficioné a ellas para evitar comprar más de la cuenta; ya sabéis, llegas al supermercado y acabas llenando el carrito de cosas que no te hacen falta, solo porque antes de salir de casa no has revisado lo que necesitas y lo que no. Tanto es así, que una vez estuve a punto de llevarme pegamento para la dentadura postiza simplemente porque me gustaban los colores brillantes de la caja.

Después me dediqué a hacerlas para tomar decisiones simples, del estilo de “me pongo los vaqueros ceñidos o los pitillo”. En esas ocasiones cogía un papel y escribía dos columnas con los pros y los contras de ponerme unos u otros.

Con el tiempo me di cuenta de que el método era capaz de resolver cualquier problema que se me presentara, y seguí con él hasta que comprendí que era incapaz de dejarlo.

Tenía tal dependencia que llevaba en el bolso lápices, libreta, sacapuntas e incluso goma de borrar, y estaba todo el día ansiosa y preocupada porque se me acabaran las hojas de la libreta y no tener dónde escribir.

Mis amigas me preguntaban sobre los planes para el fin de semana. ¿Quedamos el viernes o el sábado? ¿Vamos al cine o de cena? Y ahí que iba yo, a sacar mis utensilios de escritura y a hacer largas columnas que me ayudaran a decantarme por una u otra opción. Al final, mis amigas dejaron de pedirme opinión y esa parte de mi vida se tornó un poco más cómoda.

El problema llegó cuando me di cuenta de que lo mío con las listas era una adicción insana. Imagino que al leer esto habrá quien arquee una ceja — que ahora está muy de moda—, quien frunza el ceño —si es incapaz de lo anterior— o tal vez haya quien se ría, pero a todos ellos les aseguro que si estuvieran en mi pellejo lo verían de otro modo.

Las adicciones son una de las peores enfermedades que puede sufrir una persona. La gente habla del alcohol, de las drogas, del juego... Pero puedo aseguraros que la mía con las listas es la peor de todas.

Ya no solo por el tiempo que te resta para estar con amigos, salir y relacionarse, sino porque, básicamente, después de pasarme horas apuntando los porqué sí y los porqué no, al final siempre he optado por hacer lo que me pasa por la mente en ese instante. Y ni los *pros* ni los *contra* son capaces de hacerme cambiar de opinión.

De modo que espero que mi amarga experiencia os sirva para evitar caer en la tentación. Olvidaos de las listas y de todo aquello que os impida ser vosotros mismos. No hay ninguna adicción buena. Evitadlas todas pero, sobre todo, huid de todo aquello que huelga a planificación. Siempre sale mal.

8. Quién tiene un amigo tiene un tesoro

Mi amiga Julia es mejor que el Prozac. Si la humanidad supiera de su capacidad innata para quitar penas, Sanidad la recetaría a la gran mayoría de la población mundial.

No tiene ningún problema con sus kilillos de más, solo se maquilla cuando tiene ganas y no se obliga a levantarse media hora antes de lo normal para borrarle las ojeras que le han salido por madrugar. Además, es capaz de encontrarle el lado positivo a cualquier situación. ¿Qué te has fundido la tarjeta de crédito? *No problem*, así aprendes el significado de la palabra austeridad y ahorras para pagarla.

¿Que tu novio te ha dejado? Hala, pues ya estás libre para buscar al de repuesto.

Sea cuál sea el problema, no logra acabar con ella. Ni siquiera la cansina de su hermana le borra la sonrisa.

La conocí cuando comencé a trabajar en el periódico en el que ya llevo seis años de trabajos forzados. Ella tuvo más suerte que yo y un año después la contrataron como redactora en una conocida revista mensual. Desde el primer momento en que nos vimos congeniamos a las mil maravillas. Lo que no debería ser normal, porque no tenemos nada en común más que el gusto por las tabletas de chocolate; las de verdad y las masculinas, a ser posible de gimnasio, que somos muy sibaritas las dos.

En la jungla de los amigos tengo y he tenido siempre de todas las especies. Algunos de ellos los conservo, otros se quedaron entre la maleza.

Entre los más íntimos tengo una gran variedad. Como digo, está Julia, una tía sensacional, simpática y con un puntito sarcástico que me encanta. Es positiva y sincera como ninguna. Si quieres saber la verdad de cualquier

asunto lo mejor es preguntarle a ella. Además, siempre respeta las opiniones de los demás, por raras que sean. Al principio de conocerla pensé que era porque se la traía al paio, pero ahora sé con certeza que es por eso.

Después está María, que, aunque es muy maja, hay veces en las que le daría un soplamocos y me quedaría tan pancha (y aunque sé que la violencia no resuelve nada, no tengo ninguna duda de que me gustaría probar. Solo para certificar eso, que no resuelve nada). María es de esas que se pasa la vida hablando de los kilos que le sobran cuando en realidad le faltan. Vamos, que lo que busca es que le regalen los oídos. ¡Será ególatra!

Mi amiga Yolanda vive en otro mundo. Está tan enganchada al WhatsApp que es capaz de enviarte un mensaje absurdo a las cinco de la mañana, solo porque te lo has dejado conectado sin querer. Sabe de carrerilla la última vez en que te conectaste y te manda un mensaje borde para decirte que hace cinco minutos que has leído el suyo y que todavía no le has contestado. ¡Maldita tecnología!

Virginia es un encanto, pero tiene un pequeño defecto: no comprende que por mucho que Agatha Ruiz de la Prada lo use, el rosa y el rojo juntos, o el azul y el negro, quedan peor que una patada voladora en nuestras partes íntimas. Así que, cuando salimos juntas, lo mejor es curarse en salud y pasarse una hora antes por su casa para echarle un vistazo a lo que lleve puesto. Así nos evitamos miraditas y risitas indeseadas. ¿Por qué será que hasta los *personal shoppers* la temen?

De Alejandra poco voy a decir. Y no porque me repatee el hígado que siempre le gusten los mismos chicos que me gustan a mí... Siempre. No digo más. Sino porque de mis amigas es con la que menos conexión tengo. Yo es que desde pequeña tengo una máxima: no me ajunto con las robanovios.

El caso es que con esta fauna y flora amistosa, casi que es normal que con la que mejor me lleve sea con Julia. Lo que no quiere decir que no quiera a las demás, ojo.

Al final a los amigos se les quiere, con sus defectos y todo, que nadie es perfecto. Pero entre las flacuchas egocéntricas, las robanovios, las cansinas y las horteras, qué queréis que os diga, me quedo con las sinceras porque son las únicas que se atreven a decirte que llevas un pedazo de papel higiénico pegado al tacón. Y que conste que no lo digo por experiencia propia, que no

me pasó a mí sino a la amiga de una amiga mía.

9. Y los sueños sueños son...

Hoy no me puedo levantar, y no sigáis con la cancioncilla que sé que todos la habéis tarareado, que os prometo que el fin de semana no lo pasé fatal. Más bien todo lo contrario.

El resultado de que lo pasara tan bien, hace que lleve un par de días desconcentrada perdida, a la espera de que llegue la noche y pueda meterme en la cama para disfrutar de un buen descanso. Y de lo que se tercie.

Antes de que protestéis diciendo que para dormir no hace falta que sea de noche, os contaré que ya he intentado gozar de ese placer, al que me he vuelto adicta, a la hora de la siesta. No obstante, parece ser que tan temprano mi mente no está lo suficientemente recalentada para que funcione como debe o se espera. Y ya sabemos todos que las cosas se hacen bien o no se hacen. Así que, a esperar toca.

Pero empecemos por el principio que me estoy liando.

El caso es que hace unos días descubrí que, tal y como era de esperar, todas las comedias románticas, las series de superhéroes y las novelas románticas, así en general, no hace falta que destaquemos la erótica en particular, que he engullido a lo largo de los años... han convertido mi mente en caldo de cultivo para sueños perversos, guarros y absolutamente indecentes.

La primera vez que disfruté de un sueño erótico intenté volverme a dormir, porque, ya puestos, pensé que lo mejor era que en lugar de uno fueran dos. Pero como era de esperar, mi mente va por libre, y aunque volví a quedarme dormida no pude repetir experiencia. Aun así, me pasé el día con una sonrisa de oreja a oreja y una capacidad de trabajo que hasta a mí llegó a asombrarme.

La segunda vez que me sucedió fue, como diría Julia, espectacular. No puedo quejarme de nada: maromo diez, preliminares diez, culminación once. Y a la mañana siguiente, más de lo mismo, unas ganas intensas de aprovechar la jornada y adelantar trabajo. Con deciros que hasta me felicitó Rebeca.

La tercera vez superó con creces a las anteriores. No obstante, el día siguiente fue otro cantar. Era domingo y pensé que, ya que no tenía nada que hacer, porque hasta Dios usó ese día para descansar, la mejor opción era quedarme en la cama a la espera de que me volviera a llegar el sueño.

Huelga decir que este pasó de mí, por lo que me levanté a las cuatro de la tarde hasta el moño de estar en horizontal y con un mal humor que ni os cuento. Mi *coitus interruptus* me estropeó el día. No di pie con bola, o no toque la bola, como preferáis...

El caso es que desde entonces parezco una *yonki* buscando su dosis. Mi mala leche mañanera va en aumento y mis compañeros de trabajo ya han empezado a evitarme hasta que consumo mi tercera taza de café.

Tengo un mono que va a acabar conmigo. Pero esto lo soluciono yo, sí o sí. Este fin de semana no me saca de la cama ni Dios vestido de romano. Voy a hibernar cual marmota y no pienso despertarme hasta que me desahogue para toda la semana.

Cuando vuelva al curro tendré la piel resplandeciente y estaré de muy buen humor. Y, ¿quién sabe? Con la cantidad de buenas ideas en las que trabajo cada noche, igual hasta me cae un novio de carne y hueso con el que practicar para perfeccionar mis sueños.

Puede que lo intente con Víctor. ¿Os acordáis de mi amigo del Facebook? Pues eso, que estoy desesperada. Ahora os dejo que tengo que adelantar trabajo que este fin de semana me lo voy a dedicar a mí.

¡Porque yo lo valgo!

10. ¡Me lo pido!

Lo mío es de juzgado de guardia, lo reconozco. Pero el amor es lo que tiene. Llega cuando menos te lo esperas y no hay que dejar que se escape o es probable que no vuelva a hacer acto de presencia en tu vida nunca más. ¡Por desagradecida!

Por eso, cuando vi a aquel guaperas que se sentó a mi lado en el Metro, supe que tenía que conocerlo. Y me reafirmé en mi decisión cuando el aroma de su *aftershave* se coló por mis fosas nasales y despertó partes de mi cuerpo que creía dormidas y en baja forma. ¿Guapo y limpio a las ocho de la tarde en el Metro? No tenía ninguna duda de que ese hombre tenía que ser mío.

Porque, no solo era casi perfecto físicamente, sino que además había dado el primer paso. Si no, ¿por qué se había sentado a mi lado? Puede que no hubiera otro sitio libre en el vagón, pero bien podría haberse quedado de pie. ¿Tengo razón o no?

El caso es que, dispuesta a dejar claro que había captado su interés, me removí en mi asiento de modo que quedé lo más pegada a él posible, pero sin llegar a subirme a su regazo.

Volví a percibir su interés cuando se giró para mirarme. No obstante, empecé a preocuparme cuando pasaron dos paradas más y seguía sin hablarme. Si dejaba que se decidiera él, tendría que bajarme sin su número de teléfono en la agenda del móvil.

Opté por intentar una conversación tópica que le facilitara las cosas.

—Perdona, ¿tienes hora? —inquirí con una voz que hasta a mí me pareció sexy.

Lamentablemente, él me miró como si tuviera antenas y acabara de bajarme de una nave espacial. Me di cuenta del porqué cuando hizo un gesto

con la mano para señalar el cartel luminoso que anunciaba las paradas y que, ¡oh, sorpresa!, anunciaba también la hora y, ya puestos, los grados Celsius del exterior.

—¡Qué despiste! —me disculpé, a la espera de que dijera algo.

Cuando comprendí que no iba a conseguir nada más que miradas y cabeceos, una idea se cruzó por mi cabeza. ¿Y si era extranjero y por eso se había limitado a señalarme el letrero?

—*Do you speak english?* —pregunté con soltura.

Volvió a mirarme con sorpresa y algo más... ¿Tal vez irritación?

No, definitivamente no hablaba inglés.

—*Parlez vous français?*

¡Tampoco!

—*Parle italiano?*

Vi como en una escena a cámara lenta cómo abría la boca. Su lengua también quedó al descubierto durante un segundo, sus dientes, tan perfectos como el resto de él...

Lamentablemente cuando, estoy segura de ello, iba a conseguir que me hablara, el tren se detuvo, las puertas se abrieron y entró un montón de gente en el vagón. Entre ellos, una mujer embarazadísima que se detuvo delante de nosotros. En ese instante, mi compañero de viaje se levantó para cederle el sitio.

—Siéntese, por favor —ofreció cortés, en un castellano perfecto.

No se me escapó la mirada que me echó como si lamentara tener que dejarme.

—Muchas gracias —aceptó ella.

¡Vaya! Si es que ya lo sabía yo, que era perfecto. Tan perfecto que vi cómo otras mujeres le miraban con ojos golositos. Tentada estuve de levantarme y decirles que me lo había pedido yo la primera.

Sin embargo, guardé la compostura y busqué con la mirada a alguien a quien cederle mi asiento, consiguiendo con ello dos cosas:

1º) Mostrarle que yo también soy muy generosa.

2º) Facilitar, de nuevo, el acercamiento físico.

Como no di con nadie que justificara que me levantara, me quedé sentada con la vista clavada en él. Faltaban solo dos estaciones para bajarme, lo que

me daba la esperanza de que aún pudiera pasar algo entre nosotros. Mi futuro novio también me miraba, seguramente para comprobar que seguía interesada en él.

En ese instante mi móvil comenzó a sonar y a vibrar en mi bolso y me vi obligada a apartar la mirada de mi objetivo durante unos segundos; fueron pocos, pero suficientes para perder al hombre de mi vida, porque cuando alcé la cabeza y miré ya no estaba donde debía estar.

Me pareció ver una chaqueta oscura por el final del vagón, pero se perdió por la puerta que daba al siguiente y no había ningún motivo para que mi chico se cambiara de lugar así como así.

El caso es que al final perdí la oportunidad que el destino me había puesto delante, lo que sin duda ha cabreado a mi karma. Este es el motivo por el cual ahora me quedo de pie cada vez que subo al Metro. No ya para que se siente otra persona más necesitada, sino más bien por si tengo que salir corriendo detrás de alguien.

Práctica que es una.

11. Navidad. Dulce Navidad

Ya estamos en el último mes de año, el de Navidad. Esa época del año en la que todo se olvida, o eso dicen, porque yo sigo teniendo muy buena memoria hasta en estas fechas. En Navidad es lícito, e incluso necesario, fundirse la tarjeta de crédito comprando regalos y modelitos nuevos para lucir en las fiestas familiares a las que asistimos todos bien por placer bien por obligación, que para familias los colores. Es el tiempo de gastarnos los euros guardados durante el resto del año en regalos a personas que ni siquiera nos gustan; pero claro, el amigo invisible es retorcido hasta decir basta y a mí me ha tocado Rebeca. No digo más.

Con este panorama de empalmar fiesta tras fiesta y de comprar al por mayor, ¿cómo no van a ser mis días favoritos del año?

Pero, aunque todo parezca perfecto, la realidad es más compleja. Mucho villancico, mucho espíritu navideño, pero no nos olvidemos de las comidas copiosas, las sobremesas remojadas en alcohol y, sobre todo, los turrónes: esas armas de destrucción masiva que de un solo bocado aniquilan la operación bikini.

Y para que sea más difícil resistirse a sus cantos de sirena encima los hay de yema, de chocolate, de almendras, duros, de... ¡Aaah! Y sí, están deliciosos, igual que los mazapanes y todos los dulces típicos de esta época. Pero las consecuencias que traen consigo nos acompañarán el resto del año. No os olvidéis de eso de “un segundo en tu boca y el resto de tu vida en el culo”.

Porque si la Navidad es tiempo de regalos y de reuniones con los familiares y amigos a los que ves poco durante el resto del año, también son las culpables de que cuando terminen seas incapaz de abrocharte la

maravillosa falda lápiz que te compraste para celebrar la Nochebuena.

Pero no desesperéis, porque en cuanto terminan las fiestas, literalmente el día después, llegan las rebajas, y ya podemos empeñarnos de nuevo con el banco para comprar carísimos modelitos, ahora rebajados o eso dice la etiqueta, que nos quepan y que solo vestiremos unos pocos meses, porque tras el atracón viene la calma y recuperamos el peso inicial.

De modo que sí, la Navidad es preciosa, las calles se ven divinas llenas de luces de colores y todo es tan *genialoso* que no queremos que se acaben nunca... Hasta que después del segundo trozo de roscón empezamos a notar que el pantalón nos aprieta y todavía tenemos estómago para un pedazo más... En fin. No sigo porque ser pesimista en estas fechas seguro que es pecado y yo de mayor me pido ir al cielo con Patrick Swayze.

12. Buenos propósitos

Si hay una tradición que defina el comienzo de año esa es la resaca postvacacional de los buenos propósitos. Y es que nadie puede negar que las listas de deseos para el año nuevo (sí, listas, que ya sabéis lo mucho que me gustan) son tan obligatorias como los actos de contrición que entonamos en cuanto suenan las doce campanadas; esas que anuncian que disponemos de trescientos sesenta y cinco días en blanco para reescribir nuestra historia.

Que levante la mano aquel que en la primera semana del mes de enero no ha decidido que va a dejar de fumar, a aprender inglés, a apuntarse al gimnasio, a sentar cabeza o a dejar de saltarse la dieta como si estuviera en medio de una carrera de obstáculos. Porque está científicamente probado, y si no lo está que tomen nota los expertos y que lo prueben, que el mes de enero es más sano que los once restantes.

Y lo es. En primer lugar porque tras la resaca de fiestas nos sentimos tan saciados de comida y bebida que los manjares ya, ni fu ni fa. Estamos tan hartos de todo que nos saltamos alguna que otra cena (y no me refiero a cuando lo hacemos porque sufrimos intoxicaciones etílicas o porque estamos hasta los mismísimos de compartir mantel con la familia), que lo poco gusta y lo mucho cansa. De lo que hablo es de hartazgos alimenticios.

Tampoco podemos olvidar que a veces la salubridad viene dada por otros motivos. Véase la famosa cuesta de enero. Nos encontramos con que en la nevera no nos queda más que media lechuga y un mísero tomate y, *voilà*, comida sana al canto.

Pero como no es oro todo lo que reluce, los buenos propósitos duran menos que un Chupa Chups en la puerta de un colegio, y empezamos a tachar ideas en cuanto pasan las horas críticas del nuevo año.

De modo que, dos semanas después estudiar inglés, ya no nos parece tan necesario. ¡Qué estudien español los ingleses! No te joroba. La dieta la dejamos aparcada hasta la operación bikini, para qué sufrir si todavía queda mucho tiempo. Lo de sentar cabeza no sale como habíamos planeado, y eso que sigo yendo en Metro y estoy ojo avizor para ver si la suerte vuelve a sonreírme y doy con mi futuro marido de nuevo.

Lo del gimnasio es otra historia. Porque este propósito hay que cumplirlo, de modo que nos apuntamos, que aunque parezca que no es un gran paso. Pagamos el año completo para no arrepentirnos, que el dinero tira mucho y tras la primera sesión de elíptica nos hacemos los *longuis* y nos olvidamos de dónde queda el dichoso gimnasio.

Y ante todos estos despropósitos, lo más inteligente es guardarlos en el cajón y sacarlos el enero que viene, que como son universales y estándar también sirven para el próximo año. Y para el siguiente, y el otro, y el de más allá y...

13. ¡Feliz no cumpleaños!

Hoy me despierto con la desagradable sensación de que el tiempo pasa demasiado deprisa. Tan mal está la cosa, que hoy hasta me cae bien Peter Pan, y eso que en un día normal no sería el caso. ¿Qué queréis que os diga? Es un tipo demasiado señoritingo y machista para mi gusto. Ha decidido no crecer y necesita una madre que le cuide de por vida: que le cuente cuentos, le lave la ropa, se haga cargo de sus cosas... Pues eso.

De hecho, si tuviera que quedarme con algún personaje de cuento elegiría al Sombrero Loco. Ese tipo sí que es un genio. Se pasa los días celebrando su no cumpleaños. Lo que le aporta fiesta a gogó (no es lo mismo salir una noche que todas las noches menos una) y encima demuestra lo inteligente que es porque en lugar de celebrar que le cae un año más se alegra por los otros trescientos sesenta y cuatro en que no lo hace.

Sea como sea, el caso es que hoy, paradójicamente, no es mi día. De modo que cuando abro el armario me decanto por ropa oscura, preferiblemente de color negro. Me visto en tres minutos, desayuno sin ganas y, tras lavarme los dientes y alzar la vista al espejo del baño, me encuentro con que tengo más ojeras que un oso panda con insomnio porque me he pasado la noche acongojada porque amaneciera. ¿No os había dicho que hoy no era mi día?

Decido maquillarme a toda prisa porque llego tarde, aclaro que esto no tiene que ver con el día que es y, al abrir el neceser, me vuelve a invadir mi yo derrotista, por lo que diez minutos después parezco un *emo*. Y oye, que tampoco es tan malo, porque me siento como si lo fuera. El caso es que el mundo ha decidido llevarme la contraria y cuando salgo a la calle brilla el sol, los pajaritos cantan y el *buenorro* de mi vecino, que no me mira ni para

evitar chocar conmigo, me saluda con una sonrisa cuando nos cruzamos en el portal.

¡Esto sí que no me lo esperaba!

“Puede que tenga un año más, pero sigo siendo irresistible”, me animo mientras voy hacia el Metro. Una vez en él busco a mi amor perdido, lo malo es que nunca le encuentro. Mientras llega mi parada saco el teléfono del bolso y lo desbloqueo para ver cuánta gente me ha mensajado, llamado o felicitado a través de las redes sociales. Las notificaciones me alegran un poco el día que, de momento, tampoco pinta tan mal.

En el trabajo todo son sonrisas, y si a alguno de mis compañeros les sorprende verme vestida de riguroso luto ninguno hace alusión. Hasta la Bruja Malvada del Oeste me felicita, menos conocida como la jefa. En la hora del almuerzo mis compañeros me cantan el cumpleaños feliz con tocada de nariz incluida.

Más tarde, cuando parece que lo peor del día ya ha pasado, vuelto a tomar el Metro, pero está tan lleno que me toca ir de pie. Tenía que salir lo malo por algún lado... Eso y que Julia se ha liado más de la cuenta en el trabajo y ha cancelado nuestra cita para tomar una copa. ¿A que me toca beber sola el día de mi *cumple*?

Después de todo el día, los tacones que me he puesto para recordarme lo joven y estupenda que estoy me han dejado ampollas, y lo único con lo que sueño es con un baño calentito que me alivie los dolores. Por Dios, hasta yo me asusto de los derroteros de mis pensamientos. Me obligo a volver a la realidad y noto cómo un jovencito de unos diecinueve años me está haciendo gestos con la mano. Miro disimuladamente a mi alrededor, por si no se refiere a mí, y él sonríe señalándome. ¡Pero qué buena estoy hoy! Me felicito. Primero mi vecino y ahora esto, que aunque demasiado joven es una monada.

Me acerco a él disimulando que los tacones me están matando.

—Hola —saludo con una sonrisa.

Él se levanta correspondiéndome.

—Siéntese, señora. Tiene usted mala cara, ¿se encuentra bien?

¡La madre que le...!

—Gracias, bonito —le digo, con el mismo tono que usaría mi abuela.

Pero ¿desde cuándo hablo yo así?

Él sonrío y se aparta para colocarse cerca de un grupo de chicas que cuchichean al otro lado del vagón.

En fin... El Metro no me trae suerte.

Me consuelo con que la culpa de mi aparente mala cara es del dolor de pies que me está matando. Porque un día no puede cambiar tanto a una persona. Decido curarme en salud y tomo nota de que el año que viene, el día de mi cumpleaños, tengo que ponerme zapato plano, que para llevar tacones ya tengo los otros trescientos sesenta y cuatro días del año. Y si no, buscarme un novio que me lleve en coche a todas partes.

Casi que me gusta más lo segundo.

14. La vida te da sorpresas...

Estoy encantada de la vida y no es para menos. ¿Os acordáis del chico del Metro? Pues lo he encontrado. Resulta que escribe novela negra, y el otro día, casualidades de la vida, mi amiga Julia me obligó a acompañarla a la presentación de un libro. Aunque no estaba muy segura de que fuera buena idea: ¿quién, sino un psicópata en potencia, está interesado en un género tan oscuro? Y que conste que no lo digo yo, lo dicen las películas de sobremesa de Antena 3.

El caso es que, como no quería dejar colgada a Julia, le dije que sí. Aunque mi intención era sentarme en las filas del final y fingir interés mientras jugaba al Candy Crush Soda. La idea era que mi amiga se sintiera acompañada, no que yo disfrutara de la experiencia.

Todo marchaba de maravilla, habíamos llegado pronto y las sillas del final estaban libres, empujé a Julia hacia allí y, tras ponerme mala cara, se sentó a mi lado y comenzó a contarme lo genial que estaba el libro que iban a presentar y lo estupendo que era el autor.

—¿Si ya le conoces para qué hemos venido?

—Le conozco, Martina, pero no ha hecho presentación de su libro hasta ahora porque a-ca-ba-de-sa-lir —silabeó como si yo necesitara la ayuda extra.

—De acuerdo —dije con poca convicción.

Poco a poco la sala fue llenándose de gente y Julia se entretuvo saludando. Al parecer se conocían todos de presentaciones anteriores. Yo saqué con disimulo el móvil del bolso y me puse a jugar, ignorando los codazos de Julia, que de sutil tiene bien poco.

Alcé la cabeza cuando todos se quedaron en silencio, y como no estaba preparada para lo que iba a ver, mi exclamación *¡Hay que joderse!* se

escuchó y rebotó por toda la sala.

No obstante, aunque inoportuna, mi expresión tenía todo el derecho de ser, porque allí, plantado con la misma sonrisa perfecta y seguramente el mismo aroma a *aftershave*, estaba mi chico del Metro. Sonriéndome. A mí. Porque una cosa estaba clara: tenía los ojos clavados en mí.

—¿Quién es ese? —le pregunté a Julia, que me miraba suspicaz.

—Alfonso Guerrero. El autor.

—¿El autor? ¿Qué autor? —¿De qué narices hablaba esta ahora?

—El que presenta su libro.

—¿El psicópata? —¡Madre mía! Algún fallo tenía que tener, pero ¿ese?

Menos mal que lo había susurrado, porque hablar de psicópatas entre tantos de ellos era una locura total.

Cada vez más interesada, me olvidé del móvil y me dediqué a observar al escritor. Me sorprendió comprobar que tenía buena labia, porque en el Metro le costaba hablar, pero aquí entre los suyos se le daba de maravilla.

Cuando terminó hasta me compré el libro. Y no lo hice porque su foto estuviera en la solapa sino porque me pareció muy interesante lo que dijo. ¡Que conste!

—Ven, vamos a que nos firme el libro —me instó Julia.

—¿Sabes? Creo que mejor me quedo y vas tú.

¡Dios mío, qué me estaba pasando! Me estaba acobardando y eso no lo iba a consentir. Puede que fuera guapo y listo, y puede también que oliera bien, pero era una persona normal. ¿Iba en Metro, no?

—¿Estás bien? —me preguntó Julia preocupada.

—Sí, no me hagas caso. ¡Vamos!

Estuve nerviosa todo el tiempo hasta que nos tocó el turno y Julia comenzó a hablar con él como si nada. Después me presentó y, aunque alargué la mano para saludarle, él se inclinó sobre mí para darme dos besos.

¡Eso pintaba bien!

—¿Cómo te llamas? —preguntó a bocajarro.

Y eso todavía era mejor. Me miró a la espera de una respuesta.

—Tu nombre. ¿A quién se lo dedico?

Ah, que era por eso.

—Martina, me llamo Martina.

Me dedicó una sonrisa toda para mí y se puso a garabatear en mi libro. Me lo dio cerrado, y yo estaba tan concentrada mirándole que ni me molestó en leer lo que me había escrito. Julia no dijo nada y me olvidé de ello.

Eso sí, en cuanto llegué a casa le busqué en Facebook y le mandé una solicitud de amistad. Dos minutos después había aceptado, lo que indicaba que estaba muy cerca de mi objetivo: pescarle.

Antes de acostarme volví a acordarme del libro. No porque fuera a leerlo, sino porque tenía curiosidad por ver su letra. En la primera página apareció la típica dedicatoria: “Para Martina. Espero que lo disfrutes tanto cómo lo disfruté yo al escribirlo”, sin firma y con un número de teléfono debajo.

¡Ostras! ¿Acababa de darme su número? ¿El mismo tipo que parecía mudo en el Metro?

En fin... Puede que Alfonso no fuera un psicópata en potencia, pero fijo que era bipolar y, oye, yo encantada.

15. Vaya par de gemelas

Soy una persona especial. Lo soy y lo confieso. Hay ciertas cosas que me cabrean especialmente: una de ellas es la gente envidiosa y la que se enamora de todo lo que no tiene, pero que le queda cerca. Que ya puestos, puede ser el novio, el bolso, la chaqueta o el corte de pelo de tu mejor amiga, tu hermana o la vecina del sexto.

A lo peor os quedáis sin novio, a lo mejor parecéis clones recién salidos de una película de ciencia ficción y la gente huye de vosotras a cada paso que dais, pero por supuesto, perfectamente sincronizadas. ¡Lo admito! aquí he exagerado un poco, pero es que el tema tiene delito.

El caso es que soy una afortunada, porque con mi amiga Julia esas cosas no me pasan. Ya os conté que era la tía más ingeniosa y divertida que he conocido nunca. La única pega es que viene con hermana gemela incluida, que de *copiotea* le plagia hasta la cara. ¿Qué queréis que os diga? a mí Ángela me cae más bien mal. Principalmente por solidaridad con mi mejor amiga, porque la chica, si le quitas algunos defectillos, no está tan mal. Pero vamos a dejarlo que no quiero reblandecerme, que soy demasiado buena y Julia se merece que la odie eternamente por lo que le ha hecho.

Y es que a lo que voy, Julia y Ángela no solo se parecen físicamente sino que además visten igual, se peinan igual y hasta hablan del mismo modo. Aquí la cabeza pensante es mi amiga, no os quepa duda, y la otra se limita a robarle las ideas y, cómo no, la ropa. Por poner un ejemplo, si Julia se tiñe de rubio a los dos días va su hermana y se transforma en rubia platino. Que se compra una bicicleta para hacer deporte, pues Ángela va y se compra la bicicleta y el equipo entero de ciclista. Tanto es así que en una ocasión le regalé a mi amiga una peluca naranja para que le hiciera creer a su hermana

que se había teñido, y dos días después nos encontramos con Ángela con el pelo color calabaza, por inepta y envidiosa.

No obstante, hasta la semana pasada, las impertinencias de Ángela se habían limitado al terreno *fashion*, que aunque jode no atormenta. El problema es que la casualidad hizo que la clon se topara en un bar de copas con el futuro novio de su hermana. El chico, que demostró tener pocas luces, se acercó a ella para saludarla, confundiéndola con Julia. Y la clon, ni corta ni perezosa, se hizo la *longuis* y le siguió el juego. Tres horas después se había metido al tipo en el bolsillo, cosa que la verdadera Julia seguía intentando sin muy buenos resultados, y antes de despedirse, consciente de que se iba a enterar de la verdad, le confesó quién era en realidad.

Él, en lugar de enfadarse por semejante falsedad, se sintió halagado y la invitó a cenar. El resto os lo imagináis vosotros solos.

Mi Julia está desolada. Y aunque he intentado animarla diciéndole lo lerdo que es Álvaro, que así se llama el tipo en cuestión, por preferir a la copia en lugar de a la original, no he tenido mucho éxito.

Y entre unas cosas y otras, aquí estoy yo... Vigilando con cien ojos a mis compañeras de trabajo a ver si me sale alguna clon y me roba a mi nuevo fichaje, que aunque él no lo sabe todavía, pronto será mi chico. Para empezar, ya lo tengo de amigo en mi Facebook, y en WhatsApp compartimos largas horas de conversación. ¿Os acordáis que os lo conté hace un tiempo? Pues ahora solo me queda que me siga en Twitter y en Instagram y lo tendré completamente en el bote.

16. Me llamo Martina, Martina Vega

Hoy toca sesión de cine. James Bond, para más señas. He empezado con Pierce Brosnan y sigo con Daniel Craig, que los otros Bond son muy *viejunos* para mí. Que no feos, que quede claro. Que Timothy Dalton estaba de muy buen ver y Sean Connery tiene su puntito. Los demás, como digo, me quedan muy lejanos.

El caso es que después de ventilarme cinco horas y media de metraje me surge la duda que parece asolar a media humanidad: ¿quién va a ser el próximo James Bond?

Y si lo pensáis bien, la tarea es realmente titánica. Lo único que se necesita es un actor guapo y que sea británico y, seamos claros, todos los hijos de la Gran Bretaña están para mojar pan. Lo que hace que elegir a uno solo sea misión imposible.

No sé si es por el agua o por el *fish and chips*, el caso es que todos son, como diría mi amiga Julia, espectaculares.

Lo que me lleva a plantearme una cuestión trascendental: ¿qué hago con mi vida? ¿Me mudo a Londres? Está claro que aquí no hay de lo que busco, masculinamente hablando, por supuesto, que aunque Alfonso me encanta no se decide a invitarme a salir y los de Divinity tampoco se animan a contratarme... ¿Será que no han leído mi blog? Quizás sea tiempo de hacer una campaña más directa y bombardearles a *emails*.

¿Quién sabe? A lo mejor me pasa como a muchos cantantes españoles y me tengo que mudar para que vean a la estupenda columnista que llevo dentro. ¿Quién me dice a mí que una vez en Inglaterra no triunfe y hasta me compren los derechos de “El Blog Martina agitada, no revuelta” para hacer una película? Si se da el caso quiero que el protagonista masculino sea inglés:

Henry Cavill a más señas, o Tom Hiddleston en su defecto.

Eso sí, como los contraten me hago actriz, porque ¿quién mejor que yo para hacer de mí? Soy perfecta para darle al papel ese punto de credibilidad que necesita porque, siendo justos, mi vida es un caos increíble pero cierto. Y la búsqueda del amor es un tema universal que preocupa a todo hijo de vecino, sea inglés o español.

En fin... Decidida a pasar la tarde sin hacer nada productivo, que para producir ya tengo el resto de la semana, me pongo la siguiente película de mi lista de pendientes. Esta vez una comedia romántica de otro actor británico, Gerard Butler. Y sigo babeando en nombre la Reina Isabel II.

Cuando termina la película tengo claras tres cosas.

1º) Me gustan los *gentelman*.

2º) Voy a poner la siguiente película de Butler que encuentre en el videoclub de Ono.

3º) Tengo que aprender inglés sí o sí.

17. Mentiras piadosas

Deduzco, por la cara con la que me está mirando Julia, que Rebeca tiene razón. Lo que me cabrea más que nada.

Mi jefa, la Malvada Bruja del Oeste, no suele tenerla, por lo que voy a tener que escuchar sus comentarios constantes por esto durante el próximo año. Eso si no dimito antes, porque soportarla cuando se equivoca es peliagudo, pero cuando acierta es mucho peor.

—Dime que no te creíste de verdad eso de que la barra de labios esa hace que tus labios aumenten tres tallas —me pide Julia, y sé que se está aguantando la risa.

Porque ahora que lo dice es de chiste. Igual que el serum efecto *lifting* o la cura para el cáncer que me encuentro cada vez que abro el Facebook.

Me remuevo incómoda en la silla de la cafetería en la que hemos quedado después del trabajo.

—Bueno... Yo...

—¿De verdad eres tan ingenua? Confiesa que te compraste la máscara de pestañas que anunciaba Penélope Cruz. Esa a la que denunciaron por publicidad engañosa.

¡Vaya! Qué fino hila.

—¡Qué mala es la envidia! —digo para salirme por la tangente. Una opción genial porque ni niego ni afirmo.

—¡Martina! —Me regaña.

No se me ocurre nada más que decir la verdad:

—¡Pues sí! —estallo—. Me la compré y reconozco que confiaba en que la barra de labios cumpliría lo que promete. ¿Qué quieres que haga si aún creo en la humanidad? —digo muy digna.

—¿Qué te dijo tu jefa? —insiste sin preocuparse por mi vergüenza.

—Que probara el producto y que hablara bien de él. Ya sabes cómo es.

—Claro, por eso ella es la directora y tú una simple redactora.

Le saco la lengua y no me siento orgullosa de ello, pero qué otra cosa puedo hacer. Estoy cabreada con Julia por tener razón.

—El caso es que le dije que estaba convencida de que funcionaría porque es una buena marca cosmética. ¡Leñe! Sus productos valen un ojo de la cara y parte del otro.

—Bueno, algo te habrá hecho, ¿no?

Niego con la cabeza.

Julia se limita a sonreírme y cambia de tema.

¡Qué buena amiga es!

Dos días después, cuando le paso mi opinión sobre el pintalabios a Rebeca, ella no es tan amable ni tan sensible a mis sentimientos.

—No voy a publicarte esto —dice, tirando de mala manera mi artículo encima de su escritorio—. Esa barra de labios es una de las mejores del mercado.

—Puede ser, pero no funciona.

La veo llevarse las manos a las sienes y sé que la cosa pinta mal.

—Vamos a ver... Puede que no te queden los labios como si acabaras de inyectarte colágeno, pero algún resultado habrás notado. ¿Los tienes más hinchados? ¿Hidratados? No sé... Algo.

—Pues no. Mis labios siguen como siempre.

—Quizás necesite más tiempo. Prueba una semana más.

—El color es horrible —me quejó.

¿Cómo puede obligarme a usar un color que me hace parecer muerta?

—Creo que no lo has entendido bien, Martina. Necesito que escribas un artículo sobre esa barra de labios y que digas algo más consistente que — recoge mis papeles de la mesa y busca la línea que le interesa— “tal vez con el color adecuado la barra de labios le resulte útil a alguna mujer que sobrepase los sesenta. Por debajo de esa franja, dudo que haya ninguna fémica tan crédula como para creer que funciona”.

—¡Es lo que pienso! —me defiende.

—Pues piensas mal. No sé. Piensa otra cosa y reescíbeme esto. —Lo vuelve a dejar sobre la mesa.

—No va a funcionar.

—Pues entonces será por tu culpa. Tendrás los labios atrofiados o algo así.

—¿Perdón?

—Yo te perdono, los que dudo que lo hagan son los responsables de marketing de la casa de cosmética. Ya lo sabes, todo es encontrar el punto medio.

Otra con el punto medio.

—Intenta ser un poco más correcta. El artículo es ofensivo —sigue divagando.

Me quedó pensando unos segundos antes de responder.

—Quizás es cierto que tengo los labios más hidratados.

Ella sonríe como una hiena.

—¿Lo ves? ¿A que no es tan difícil escribir un artículo no ofensivo? Puedes adornarlo con alguna mentira piadosa. Te voy a demostrar lo fácil que es... Qué maravilla de barra de labios, Martina, tienes los labios preciosos y muy hidratados. —Me mira esperando a que la mande a freír espárragos y os aseguro que por un segundo me lo planteo—. Ahora, ve a escribir mi artículo.

—A sus órdenes, Bruja Malvada del Oeste —susurró.

—¿Has dicho algo?

—Que ahora mismo escribo el artículo ese.

18. Quién te ha visto y quién te ve

Hoy voy a confesar uno de los episodios más vergonzosos de mi vida. Todo sea por la audiencia; Divinity, allá vamos.

Sé que llevabais tiempo queriendo conocer los detalles de mi cita con Víctor y hasta este momento me he mantenido en silencio. No obstante, pensé que debíamos conocernos un poquito más, y creo que ya estáis preparados para lo que viene.

La primera vez que quedamos todo fue bastante bien. Nos tomamos una copa y estuvo contándome lo bien que le había tratado la vida y que en esos instantes trabajaba impartiendo cursos de relajación. Pensando en verle en mangas de camisa, le pregunté los detalles y me apunté al dichoso curso, que ya puestos, esperaba que me viniera bien porque Estresada es mi segundo nombre.

Allí todo fue bastante bien. Había varias mujeres mayores, que estaba claro que iban a ver cómo se le marcaba el culo en los pantalones del chándal, y dos chicas de mi edad que, aunque más discretas, habían ido a lo mismo.

El primer día del curso volvió a invitarme a una cerveza y como la vez anterior todo fue bastante bien. Quizás era un poco lento hablando, como si a él la relajación le funcionara mejor que a nadie, pero estaba bueno. Era el amor de mi yo adolescente y no me iba a poner quisquillosa porque el chico fuera un poco lento de reflejos.

Hasta que me llamó un sábado normal. Un día en que no había curso ni excusa de por medio para invitarme a salir. La idea era tomarnos una cervecita, que una cosa llevara a la otra y, si estábamos cómodos y nos apetecía alargarlo, cenar juntos.

Acepté encantada. Tardé una hora en decidir qué ponerme y otra más en

peinarme y pintarme para la ocasión.

El caso es que la velada se alargó, solo que no cómo yo esperaba. Después de una cerveza pidió otra, y luego otra más. Yo seguía con la misma y él ya había vaciado las reservas de alcohol del bar.

—No te la vas a beber, ¿verdad? —me preguntó con una sonrisa que hacía que me temblaran las piernas.

Lo que no comprendí en ese momento era que su sonrisa somnolienta no era encantadora. Era ebria.

—¿El qué?

Él rio.

—La cerveza. Seguro que ya está caliente —comentó antes de coger mi botella y apurarla de un trago.

Inocente de mí, pensé que lo hacía por mi bien, así que sonreí y acepté la nueva que me trajo el camarero, al que llamó a gritos y, dicho sea de paso, le contestó del mismo modo.

Tres rondas más tarde, de las que yo me habría bebido como mucho una cerveza, porque Víctor tenía el don de beberse mis *culos*, (o eso decía él, porque no me daba tiempo a darles más que un traguito), me soltó la frase que tiró por el suelo todas mis expectativas, mi sueño de encontrar el amor y mi moral.

—Martina, tengo el pene lleno de amor —me dijo en un tono que pretendía ser sexy.

—¿Perdona?

—Que tengo el pene lleno de amor. Para partir almendras... Lo que prefieras, cariño.

—¡Eres un cerdo!

Lejos de molestar, parecía encantado.

—Lo soy, cariño. Soy un cerdo en la cama como el Grey ese que tanto os gusta, y tú estás de suerte porque tengo el pene lleno de amor por ti.

Puse cara de asco.

—¿Quieres dejar de decir eso?

—Te pone, ¿verdad? Seguro que estás mojada. ¿Es por eso que no quieres que lo diga, cariño? ¿Porque estás mojada y no puedes esperar más?

Me levanté de un bote, sorprendida por lo que estaba haciendo aquel tipo.

De acuerdo, había bebido y sí, desde que había vuelto a encontrarme con él parecía alguien distinto al que había conocido. Pero que estuviera bebido o excesivamente relajado no justificaba que fuera un hortera, cutre, con una capacidad limitada para soltar frases ridículas.

—¿Ya quieres entrar en materia, cariño? —preguntó, levantándose él también—. ¡Qué impaciente! ¿No nos tomamos otra cervecita?

—Tú tómate todas las que quieras que yo me voy.

Achicó los ojos en un intento por entender lo que le decía.

—A ver cómo te lo digo, para que lo entiendas, Víctor: contigo no tengo el chichi para farolillos.

19. Entrevista de trabajo esa gran desconocida

Desde que ascendieron a Rebeca al puesto de directora del periódico, justo después que se jubilara el anterior, he ido echando currículos por todas partes. He estado tan desesperada por huir de la Malvada Bruja del Oeste, que es posible que haya periódicos y revistas en los que los haya echado dos veces. Bueno, va, quien dice dos dice tres... Cuatro y cinco, si me apuras. ¿Qué queréis? Leí en alguna parte que “el que la sigue la consigue”.

El problema es que con esta crisis no había recibido respuesta de ninguna de ellas, y yo ya empezaba a desesperar. El diario blog no ha dado los resultados esperados, así que adiós a la vida de glamour con la que sueño... Sin embargo, no todo está perdido.

Hace unos días, Julia, que trabaja en una revista más *chic* que mi triste periódico, me comentó que estaban buscando a alguien que se hiciera cargo de la sección de ayuda. Ya sabéis, esa en la que la gente escribe para que les den solución a sus problemas. Mi amiga me dijo que la entrevista consistía en una primera parte en la que mi entrevistador me preguntaría por mis logros, mi experiencia... lo típico. Y otra segunda en la que debería demostrar mi capacidad con una pequeña prueba. Vamos, que me pondrían un problema y yo tendría que solucionarlo con un consejo.

—Facilísimo —le aseguré a Julia.

Ignorante de mí.

Llevo toda la semana leyendo el consultorio de trocientas revistas y sigo sin pillarle el punto al tema. La gente igual te pregunta qué combina mejor con la falda lápiz que te dice que les psicoanalices porque tuvieron un

sueño muy raro. Otros se lían la manta a la cabeza y te cuentan con detalle, sí, con detalle (aunque luego la revista corta lo que considera escandaloso) por qué cuando su marido le hace sus cosas no llega a sentir ese placer intenso que provoca desmayos y que han leído en no sé qué libro.

¡Señora! Que su marido no es Superman, por eso.

Entre unas cosas y otras, he descubierto que estudiar es contraproducente. Yo que tenía la moral por las nubes, voy y en un intento por prepararme para la entrevista descubro que dar consejos es lo más difícil del mundo. Desde que empecé a leer las secciones de las revistas admiro más a mi madre. Ella reparte consejos a diestro y siniestro sin despeinarse y yo estoy acongojadita perdida por tener que dar uno.

Si hasta ganas me han entrado ganas de llamarla para que me diga qué tengo que hacer. A mi edad y dispuesta a correr a las faldas de mi mami para que me salve del más espantoso ridículo.

Por lo menos me he esmerado con la ropa. “Igual si tengo suerte, la parte práctica es un consejo de moda”, me digo para animarme. Pero hasta yo sé que eso es, si no imposible, que hay quien dice que no hay nada imposible, al menos poco probable.

El lugar de la entrevista es en un hotel cinco estrellas del centro, lo que me pone más nerviosa. “Martina, céntrate. Esta es la vida glamurosa con la que sueñas”, me repito. Sin embargo, me quedo callada cuando veo a través de las puertas de cristal del bar del hotel a un actor que sigo en una serie de televisión. Lejos de ponerme más nerviosa consigo centrarme, porque acabo de asumir que esta es la vida que quiero.

Me siento en uno de los sillones del *hall* y espero hasta que dicen mi nombre. Un tipo guapo, pero menos guapo que mi escritor psicótico, se acerca a mí con una sonrisa y me tiende la mano. Lo acompaño hasta una mesa que tiene preparada en el mismo bar en el que sigue el actor, y antes de que me dé tiempo a hiperventilar me ofrece una bebida mientras me pregunta por mi trabajo.

Le cuento que llevo años en un periódico, pero que lo mío son las revistas femeninas. Me sonrío. Y deduzco que debo estar haciéndolo bien, porque la sonrisa es perfecta. ¡Leñe! Todo él es perfecto.

Sigue con preguntas insustanciales hasta que me lanza la bomba atómica

sin previo aviso:

—Dime, Martina, si una mujer te escribiera para pedirte consejo sobre si debe dejar a su marido, al que está engañando desde hace meses, ¿qué le dirías?

Mi sonrisa de lerda debería ser una respuesta, pero el tipo espera una verbalizada y, a ser posible, con sentido.

—¿Solo dispongo de esos datos? ¿No me cuenta si tiene hijos, la edad que tiene ella... Su marido?

—Nada. Solo te lanza esa pregunta.

Pongo cara pensativa mientras gano tiempo. Al final decido tirarme a la piscina, lástima que no pueda tirarme al entrevistador, y respondo:

—Le diría que no solo debe contárselo, sino que debe dejarle. Seamos francos, si una mujer se arriesga a engañar a su marido es porque ya no está enamorada de él. Y si la infidelidad se alarga en el tiempo, a la única persona a la que está engañando es a ella misma. Mi consejo sería que fuera honesta con su marido y con sus propios sentimientos —zanjo, intentando parecer profesional.

Él vuelve a sonreírme y se levanta con la mano extendida.

—Gracias, Martina. Ya te llamaremos.

—¿Ya está?

Vuelve a sonreír.

—¡Ya está!

—¿No vas a decirme siquiera si he pasado la prueba?

—No es un examen, Martina. Pero si te quedas más tranquila te diré que tu respuesta ha sido muy acertada.

Ui, ui, ui, aquí hay tema. A este tío le gusto, lo que no es de extrañar porque estoy de muy buen ver.

Como Alfonso no se espabile, se deje de WhatsApp y me invite a salir, aquí le pillan la mano fijo.

—¡Gracias!

—A ti, Martina. Te llamaremos —me dice una vez más.

—Eso espero —respondo. Espero que pille la indirecta.

20. Ocupadísima es quedarse corto

Querido blog diario, soy tan feliz que no tengo tiempo ni para escribir. El amor me absorbe y el glamour ha dejado de ser mi prioridad, aunque eso no quiere decir que si los de Divinity me llamen les diga que sí. Significa que, de momento, ando inmersa en otros menesteres mucho más... satisfactorios.

¡Hala! A pasar envidia se ha dicho. Ahora hasta me arrepiento de haber bloqueado a la Malvada Bruja del Oeste.

21. Lo que te has perdido, Divinity

Hoy también estoy ocupada, que me voy de fin de semana con mi chico. A la vuelta os pongo al día de todo. Palabrita.

No seáis impacientes, que con lo que me ha costado bien me merezco disfrutar de él sin presiones.

22. Felices para siempre... O al menos de momento

Queridos lectores míos, qué abandonados os tengo. Os debo mi *happily ever after* y os lo voy a contar. No obstante, antes quiero que sepáis que sí, que lo que dicen es cierto, que estar enamorado es vivir en una nube y escuchar violines cada vez que el objeto de tu amor te toca.

Soy muy feliz y lo mejor es que he descubierto que alguien tan especial como yo, que aunque no lo parezca soy consciente de mis manías, se merece a alguien tan especial como mi chico.

¿Qué chico?, os estaréis preguntando. ¿La llamó el entrevistador para pedirle una cita? ¿Volvió a ver a Víctor? ¿O Alfonso al fin la invitó a cenar? Pues paciencia, porque antes de desvelaros el nombre de mi hombre os voy a contar lo romántico que fue todo.

Estaba yo el sábado por la tarde en casa, probando una nueva mascarilla, cuando sonó mi móvil. Me levanté a por él, que lo había dejado en el baño (no preguntéis el porqué) y al desbloquearlo vi que me habían mandado un mensaje:

“Este es mi nuevo número, llámame si quieres verme. Yo lo estoy deseando”.

Así, sin paños calientes ni firma alguna.

¡Leñe! Con lo que me van a mí los enigmas. Primero pensé en Víctor, pero el gesto implicaba pensar mucho y seguro que él no estaba por la labor.

Al final decidí que tenían que haberse equivocado de número y lo dejé pasar, hasta que diez minutos más tarde mi teléfono volvió a anunciar un mensaje:

“Martina, ¿no quieres cenar conmigo?”

¡Madre mía! La cosa se estaba poniendo interesante.
Le contesté después de meditar mi respuesta:

“No es que no quiera, es que no salgo con desconocidos”.

Él respondió a los pocos segundos:

“No soy un desconocido para ti”.

“¿Entonces por qué no me dices tu nombre?”

“Porque tú ya lo sabes”.

Me reí. No sé si por los nervios o porque el tipo tenía chispa. El caso es que a esas alturas ya tenía bastante claro quién era el que me invitaba a cenar.

“De acuerdo. ¿Dónde nos vemos?”

Su estado apareció como escribiendo y unos segundos más tarde me llegaba un nuevo mensaje con una dirección que quedaba a solo dos calles de mi casa.

Una parte de mí se puso alerta. ¿Quién en su sano juicio iría a cenar a casa de un desconocido? La otra se puso a bailar una jota aragonesa. Si me invitaba a su casa era porque quería un entorno íntimo, lo que probablemente significaba que iba a disponer de una cobaya con la que llevar a la práctica mis sueños más guarros. ¡Síiiiiiiiiiiiiiiiiiiii! Qué bonito se estaba poniendo el día, así, de repente.

Media hora más tarde (me costó veintinueve minutos vestirme) estaba llamando a un timbre en el que no aparecían nombres ni nada que me diera alguna pista de adónde iba. No obstante, a esas alturas yo ya sabía quién iba a ser mi anfitrión. ¿Lo sabéis ya vosotros? Sigo contándoos.

¿Por dónde iba? Me abrieron la puerta sin preguntar quién era. Solo escuché una voz que me indicaba que subiera al segundo piso.

Pasé del ascensor y subí andando. La primera puerta de la derecha estaba abierta, así que me encaminé hasta allí. No había nadie a la vista y entré.

Estaba tan concentrada que salté cuando noté unas manos en mis hombros y un pañuelo cubriéndome los ojos.

¿Sabéis ya quién es o sigo?

De acuerdo, sigo.

No protesté cuando me vendó los ojos. De hecho, era la cosa más sexy y excitante que me había pasado nunca, lo que no habla muy bien de mi vida. Lo sé.

—Creía que íbamos a cenar —dije aunque me gustaba el camino que estaba tomando mi cita secreta.

—Y lo haremos. Antes voy a tomarme el aperitivo. He pensado en esto durante cada una de nuestras conversaciones por WhatsApp. He estado a punto de proponértelo, pero Julia me dijo que tenía que sorprenderte.

—¿Has hablado con Julia de mí?

—¿Te molesta?

—No. Pero luego me lo cuentas. Ahora concéntrate.

Él rio, pero no se negó a cumplir mi orden. Inclino la cabeza y me besó la garganta, y el aroma de su *aftershave* invadió mis fosas nasales y derritió cada una de las células de mi cuerpo.

Sus besos siguieron un reguero húmedo por mi cuello y se detuvieron en el escote. No me había movido, por lo que deduje que seguíamos en la entrada.

—Llevas demasiada ropa —dijo en un susurro ronco. Igualito al de las novelas románticas. Tuve ganas de dar saltitos y aplaudir.

—Pues quítamela —le dije en tono provocativo.

¡Leñe! Me gustaba eso de darle órdenes y que las cumpliera con tanta rapidez. Dos minutos después estaba completamente desnuda y encaramada a él. Sentía la pared fría en mi espalda y su cuerpo caliente contra mi vientre y mi pecho.

—Después iremos más despacio —prometió un segundo antes de penetrarme de una profunda embestida.

Sentirlo tan hondo casi me hizo perder el sentido. Y yo que me reía de las heroínas lerdas que se desmayan por el orgasmo, y a punto estuve yo de quedar K.O. en ese preciso instante.

Y hasta aquí puedo leer, digo escribir. Que no hay que ser muy listo para

saber cómo sigue.

Pero vamos al meollo, ¿ya sabéis quién es mi chico?

Estoy segura de lo sabéis. Apuesto a que la pista del aroma a *aftershave* os ha dado la clave.

Y ya me queda poco más por decir. Que fuimos felices y comimos perdices, al menos, de momento. ¡Crucemos los dedos!

23. Voy a seguir el camino de baldosas amarillas

Ahora que ya os he contado que mi vida amorosa se ha solucionado y que Alfonso y yo somos la pareja perfecta, tengo que contaros que al final me llamaron de la revista de Julia y que me contrataron para la sección de consejos. De hecho van a ponerle mi nombre a la sección. *Pregúntale a Martina*, ¿a que suena genial?

Cuando me llamaron estaba en el trabajo y tuve que disimular, porque tenía pensado decírselo a Rebeca por todo lo alto. Después de todo, me había estado torturando los cuatro últimos años y no podía dejar que se ensañara los quince días de aviso que todavía me quedaban allí. De modo que disimulé, y cuando fui a entregarle mi renuncia le dije que tenía pensado mudarme a otra ciudad y comenzar de cero.

Me llamó la atención que me preguntara si tenía pensado mudarme a Londres, pero no le di mayor importancia.

—Pues espero que tengas más suerte allá donde vayas.

—Gracias.

—No, lo digo en serio. Puede que no hayamos tenido mucha química, pero te deseo lo mejor. Ahora sal de mi despacho y haz algo productivo hasta que te marches.

El final de la Malvada Bruja del Oeste se acercaba y yo tenía que seguir teniendo paciencia... Si la paciencia es una virtud, está claro que yo no soy ni un poco virtuosa, porque me moría de ganas de soltarle en su cara que me iba a un trabajo mejor. Que era una sátira y que gracias a mí en el periódico, y quizás en algún lugar más, era conocida como la Bruja Malvada del Oeste.

La primera semana me consolé con Alfonso. El pobre siempre estaba dispuesto para mí. ¿Os he dicho ya lo feliz que soy? Cuando íbamos por mitad de la segunda me dio la sensación de que mi novio me rehuía, porque siempre que lo buscaba estaba durmiendo (no sé si por cansancio o porque intentaba evitarme). El caso es que por fin llegó el día y para celebrarlo me puse mis taconazos rojos y brillantes, comprados especialmente para la ocasión. Antes de salir de casa le pedí a Alfonso mi beso protector y, cual Dorothy, me fui a acabar con la bruja mala.

Cuando llegué, mis compañeros me hacían la ola; bueno, no literalmente, pero casi. La tensión se palpaba en el ambiente.

Con mis taconazos de vértigo me adentré en el despacho de la temida bruja y la vi muy concentrada leyendo algo. De repente se rio y yo me quedé con la boca abierta. Literalmente. ¿Cómo iba a vapulearla si se estaba riendo? Era la primera vez que la veía hacer algo así. ¿Estaría enferma?

Como estaba tan concentrada, me acerqué a ella para ver qué había conseguido cambiarle el humor. Estuve de caerme de culo: estaba leyendo mi diario blog.

¿Me había olvidado de bloquearla? “¡Inepta!”, me dije mentalmente. Le has dado munición al enemigo y ahora ya no tiene gracia que la llames Bruja Malvada del Oeste.

Alzó la cabeza y se recompuso.

—¿Quieres algo, Martina?

—No, no, nada.

—Entonces sal de mi despacho —me espetó en su tono habitual.

—Claro —dije, huyendo cobardemente.

—Martina —me llamó cuando iba a salir por la puerta.

—¿Sí?

—Cuida a tu novio. Parece un buen tipo —me soltó como si nada para un instante después volver a ponerse la máscara de Bruja Mala del Oeste con la que yo la había conocido siempre.

Al final, cuando me despedí de todos hasta me dio pena. Fueron solo unos segundos, blandita que es una. Pero ¿qué clase de heroína no tiene a una archienemiga a la altura de su capacidad? Todas, lectores. Todas las heroínas tienen una y yo voy a tener que encontrar a la mía en mi nuevo trabajo. Lo

que no tengo tan claro es si será tan buena como la Malvada Bruja del Oeste.

En fin... Al chico, que es lo más difícil, ya lo tengo. Las enemigas, aunque de poca categoría, las encuentras a patadas, esa parte es pan comido.

Y sin nada más que añadir me despido de todos vosotros, de mi sueño *Divinity de la muerte* y os digo: ¡sed felices!

Mil gracias por haber dejado entrar a Martina en tu mundo. Espero que hayas disfrutado de sus historias. Y con el ánimo de facilitar a otros lectores que puedan hacerlo también, te invito a dejar tu opinión sobre el libro, en su perfil en Amazon.

Muchas gracias,
Olga Salar



OLGA SALAR. Nació el 22 de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en filología hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces, *Un amor inesperado* (Zafiro. Planeta), y tras ella siguieron la bilogía juvenil *Lazos Inmortales* (Kiwi). En este mismo género acaba de publicar *Cómo sobrevivir al amor* (Planeta). Aunque ha sido en romántica adulta dónde ha encontrado su voz.

Es autora de *Quédate esta noche* (Kiwi), *Íntimos Enemigos* (Versátil), *Una cita Pendiente* (Versátil), *Una noche bajo el cielo* (Kiwi), *Jimena no deshoja margaritas* (Versátil), *Solo un deseo* (Zafiro. Planeta), *Di que sí*, con la que fue mención especial en el II Premio HQÑ Digital, *He soñado contigo* (Versátil), *Romance a la carta* (Versátil); *Un beso arriesgado* (HQÑ) e *Igual te echo de menos que de más* (Los Libros del Cristal).